

una maniobra arrojada y valerosa logran salvar á la vez la Religion, la monarquía y el estado. ¡O tolerancia de *l'Hôpital*! ¿Eres tú la que reduces la magestad de un rey de Francia al extremo de ocultarse bajo la imponente nube de seis mil picas, para ponerse á cubierto de la persecucion de sus propios súbditos?

Paris es sitiado nuevamente, y los rebeldes tienen aún la osadía de pedir que se licencie la guardia suiza. El haber accedido á tan descabellada solicitud hubiera sido pagar con la mas monstruosa ingratitud á los salvadores de la patria. La negativa costó á Carlos IX otra batalla, que fué la de *Saint Denys*. Tambien esta la perdieron los calvinistas; pero no quedaron escarmentados á pesar de su derrota. Publicando por todas partes que no tomaban las armas sino por aliviar al pueblo, le abrumaron con nuevos impuestos á fin de levantar otro ejército, que sirvió para combatir á Carlos IX por tercera y cuarta vez en las llanuras de *Jarnac* y de *Moncontour*.

Ved aquí, señor, cuatro batallas campales, dadas por los calvinistas contra su propio soberano. El cielo, siempre propicio á este imperio, se declaró por la causa de la justicia, y coronó las armas del rey con los lauros de la victoria. Un momento nada mas pudiera haber decidido de otro modo la suerte de la monarquía. Solamente la incertidumbre de este suceso bastaba para llenar de pavor á los contemporáneos, pues en el dia apenas puede uno recordarlo sin estremecerse. Y con todo, señor, los autores de estas calamidades, los descendientes de estos mismos calvinistas, sus partidarios y representantes, son los que hoy en dia se atreven otra vez á salir á la escena, y poner á vuestro consejo en el caso de discutir si la Francia debe volver á llamarlos á su seno. ¡Ah, señor! En este momento pudiera muy bien V. M., trasportado justamente de indignacion, cerrar mi boca, interrumpiendo repentinamente la lectura de este discurso, y sin mas discusion escribir por vuestro propio puño al pié del memorial, y como única respuesta, estas cuatro formidables palabras: *Dreux, St. Denys, Jarnac, Moncontour*.

En aquella época formaban ya los rebeldes un partido tan temible, que Carlos IX, á pesar de sus cuatro victorias, se vió en la precision de firmar con ellos una paz humillante. Una de las condiciones fué, que pagaria á las tropas extranjeras, (las mismas que habia vencido) todas las cantidades que los dichos rebeldes les habian ofrecido. La cláusula del tratado, que estipulaba la concesion de cuatro ciudades para su seguridad y por espacio de dos años, agravó todavía mas el oprobio de aquel monarca, degradado hasta el punto de capitular con sus vasallos.

Carlos IX, feliz en los combates, era un imbécil en su consejo; y la perfidia sus cualidades guerreras, grande por sus talentos políticos, grande por sus virtudes civiles y morales, y aun mas grande por su adhesion á la Religion católica; en fin, un verdadero héroe cristiano. ¡Qué bien dicen con sus magnánimos sentimientos el grito guerrero y el lema de su escudo: *¡Dios ayude al primer cristiano!* *Montmorency*, octogenario y venerable por sus canas y amante de su religion, muere por ella traspasado con seis heridas, rezando sus devociones, sobre el mismo campo de batalla que le servia de lecho fúnebre. ¡Qué espectáculo! ¡Ah, qué bien se concilia la religion con el heroísmo! La Francia no debe olvidar que este hombre fué su ángel tutelar arrancando á Carlos IX de las manos de los calvinistas. Solamente por este rasgo de valor merecia una estatua; y seguramente es muy extraño que el gobierno aun no haya tratado de erigirsela, para colocarla entre las demas que se ven cada dos años en la esposicion del *Louvre*. A los ojos de la posteridad la estatua de *Montmorency* honrará mucho mas á la Francia que no la de *Voltaire*.

es siempre consecuencia de la debilidad. Ya he dicho algo sobre la perversidad de la alma de este principe, modificada por la tenebrosa política de Catalina su madre. Llegó por fin aquel dia aciago en que Carlos IX desplegó toda la atrocidad de su carácter, para ejecutar la horrible maldad que meditaba desde los sucesos de *Bearne*. La humanidad se estremece con solo nombrar *la matanza de San Bartolomé*; y para expiarla, todo buen francés quisiera verter lágrimas de sangre. No permita Dios que me ponga yo en este momento á trazar ante los ojos de V. M. el frenético furor de un rey bañándose en la sangre de sus vasallos, ni á renovar el grande dolor de la nacion: *infandum renovare dolorem*. No, señor, no entreguemos á la eceseracion de las generaciones presente y venideras los horrores de este dia, por desgracia harto memorable; ó por mejor decir, sepultemos su memoria en un profundo y sempiterno olvido, exclamando con uno de nuestros mas sabios magistrados (1):

*Exidat illa dies ævo, nec postera credant sæcula!* (2).

Pero, señor, puedo asegurar con toda confianza, que los calvinistas están interesados, lo mismo que los católicos, en que desapareciera de nuestros fastos la memoria de tan sangrienta catástrofe. Por las conspiraciones de *Amboise* y de *Meaux*, y por una continuacion de atentados sin igual, habian reducido al gobierno al último apuro, y á Carlos IX á un extremo de desesperacion. Ellos fueron los agresores; por tanto son culpables de todas las atrocidades cometidas en Francia, y de que fueron por su desgracia causadores y víctimas. Jamas la nacion hubiese tenido que llorar y detestar este crimen, si una heregía, igualmente encarnizada contra el altar y el trono mismo, no hubiera querido establecerse sobre las ruinas de la monarquía. El medio de que se valió Carlos IX era digno de la barbarie de un Calígula, pero. . . . señor, por la violencia de la medicina podreis inferir cuán profunda y maligna era la llaga. Con tan abominable carnicería se enconó mas, y los sectarios se vengaron con una cuarta conspiracion. Los Rocheleses toman las armas y convocan la nobleza calvinista del *Poitou*, de la *Saintonge* y de *l'Angoumois*. En este conciliábulo se leyó *el plan para el establecimiento de una república en Francia* (3). Los rebeldes trataron entonces de valerse del *duque de Alençon* para oponerse al rey su hermano: ya iban á destronar á Carlos IX, cuando se anticipó la muerte para poner fin á tan desastroso reinado. ¡Ah, señor! ¡Qué espectáculo tan lastimero presentó entonces la Francia! La Religion y la monarquía estaban á pique de perderse.

El nuevo monarca se hallaba ausente; y al volver á Francia, el primer acto de fidelidad y homenaje que le prestaron los calvinistas fué robar sus equipages, que tambien regresaban á este reino. El proyecto de un regicidio intentado contra su persona, colmó la medida de sus atentados. Enrique III no tomó la corona de Carlos sino para reinar sobre unos súbditos facciosos y parricidas. Este partido era una hidra que renacia á cada instante, á pesar de los reiterados golpes que recibia.

(1) *Cristobal de Thou*, primer presidente del parlamento de Paris, padre del historiador. La aplicacion de estos versos de *Stacio* pertenecen á *Cristobal Thou* y no al *canciller de l'Hôpital*, como malamente han pretendido algunos.

(2) Desaparezca aquel dia de los tiempos, y que no lo crean los siglos venideros.

(3) Este plan se realizó en uno de los reinados siguientes dándole mas amplitud. (Véase en los documentos justificativos al fin de la obra.)

Viéndose Enrique fatigado con tantas turbulencias, decidióse por último á ofrecer la paz. Entonces los rebeldes le presentaron noventa y un artículos, que eran otros tantos testimonios de su audacia. La dureza de tan infames condiciones indignó hasta lo sumo al monarca, y rompió al punto las negociaciones. El príncipe de Condé, jefe de los calvinistas, entró en Francia al frente de once mil alemanes. El peligro era tan inminente, que para conjurarle se vió Enrique precisado á proponer de nuevo la paz; pero como si la dignidad real no hubiera consistido entonces mas que en recibir la ley, los calvinistas se la dieron tambien en aquel tratado (1). Enrique fué condenado, como lo habia sido su predecesor, á pagar todas las costas de este proceso tan sangriento como incomprensible. Para agotar hasta las heces del cáliz de la humillacion, aquel infeliz monarca, que se hallaba sin un cuarto, no tuvo otro recurso que empeñar las joyas de la corona; pero la nobleza de Francia decidió que valia mas venderlas para salvar el honor de su rey comprando un ejército con su importe. Los estados generales (2), reunidos en *Blois*, anularon las condiciones de este tratado vergonzoso. Una victoria obtenida sobre los rebeldes los hizo mas tratables, y el edicto de *Poitiers* contuvo por entonces el incendio; pero volvió á encenderse de nuevo bien pronto en la Guyena, el Languedoc y el Delfinado. Siempre los mismos crímenes, los mismos horrores, las mismas rebeliones: saqueadas las tesorerías en que se guardaban los caudales públicos; los católicos obligados con el dogal al cuello á pagar contribuciones exorbitantes; degollados los sacerdotes, y las iglesias demolidas ó quemadas. Fómase en Languedoc una nueva confederacion, en la que los sectarios proclaman á Enrique rey de Navarra y al príncipe de Condé, protectores natos del reino bajo la autoridad de S. M. Esto era lo mismo que servirse del nombre del rey para hacerle la guerra: siempre fué la divisa de la rebelion esta burlesca fórmula. En medio de este trastorno general, el negligente y voluptuoso Enrique veia correr tranquilamente sus dias, sumergido en la molicie y en el desarreglo mas vergonzoso, sin pensar en la formidable esplosion que preparaba aquel desgobierno, y que fermentaba en el silencio de una paz engañosa. La liga dió por fin el golpe fatal que despertó á Enrique de su profundo letargo. El calvinismo, señor, habia trocado enteramente las costumbres de la nacion. Su doctrina, que halagaba la licenciosidad de sus pasiones, habia seducido la mitad de los franceses, y con los arrebatos de su furor habia ecesasperado el carácter de la otra mitad: él inspiraba una especie de vértigo, cuyo vapor pestilencial difundió el contagio á todos los órdenes del estado, como una especie de calentura política.

Hasta el presente no habeis visto, señor, mas que una guerra civil entre dos partidos; pero ahora vereis el reino devorado por tres facciones alarmadas en sentido contrario. El último edicto de pacificacion habia acrecentado la audacia de los calvinistas y descontentado á los católicos. Entre estos reinaba una desconfianza y alarma general: todas las apariencias anunciaban

(1) Una de las condiciones era, que se concediesen á los calvinistas templos públicos en toda la estension del reino, escepto en la capital; la esencion de toda clase de tributos por espacio de seis años; y finalmente, que el rey pagase todo lo que se debia á las tropas extranjeras que estaban al servicio de los calvinistas, *cualquiera que fuese la cantidad á que ascendiesen sus sueldos.*

(2) Año de 1576.

que el calvinismo llegaria á ser en Francia la religion dominante. La muerte del duque de *Alençon* llamaba al trono á Enrique, rey de Navarra, que podia considerarse ya como heredero presuntivo de la corona. Esta circunstancia enagenaba el corazon del partido católico de toda la nacion contra un príncipe destinado por la Providencia para ser algun dia su ídolo. ¡Ahl sin saberlo formaba votos contra su propia felicidad. Un celo mas ilustrado por la Religion hubiera manifestado á los católicos, que si ésta desaprobaba el culto ilegítimo de Enrique, no por eso les autorizaba á contrariar las leyes fundamentales del reino que le llamaban al trono. Pero ya hemos observado poco antes que aquella especie de vértigo y aturdimiento habia alterado los verdaderos principios del ánimo de los franceses, los cuales peleaban contra la heregía. Era ciertamente un error, pero bien lo expiaron en lo sucesivo, ofreciendo al mismo Enrique un amor que rayaba casi en idolatría. A sola esta nacion magnánima le es dado reparar de un modo tan amable los extravíos pasajeros de su alma; pero tambien tiene derecho para echar en cara al calvinismo el haber sido causa de ellos, porque con sus frecuentes confederaciones habia dado á los católicos el contagioso ejemplo de estas conspiraciones criminales.

Una gran parte de la nobleza, arrastrada por tan fatales circunstancias, formó una insurreccion terrible bajo los auspicios del duque de Guisa (1), cuyo corazon era católico por principios, pero la prosperidad le hizo aficionarse á la ambicion. La liga fué un atentado contra la autoridad real, á pesar de su divisa, que era *mirar por la seguridad del estado y de la corona, y por la estirpacion de las heregías.* Entre tanto el débil Enrique, alarmado por el crédito y rápidos progresos del duque de Guisa, publicó una apologia (monumento eterno de terror y abatimiento), en que se confesaba culpable, y suplicaba á los de la liga que depusiesen las armas. No parecia sino que se habia conjurado todo para la pérdida de un reino, cuyo monarca pedia perdon en tono suplicante á sus mismos vasallos revoltosos. Ejemplo memorable, señor, para aquellos soberanos que, dotados como Enrique de un carácter débil é irresoluto, concluyen siempre por entregarse á los extremos, que comprometen su autoridad, ó cuando menos la deshonran.

Viéndose en tan crítica situacion el inconsiderado monarca, creyó que un *rey cristianísimo hijo primogénito de la Iglesia*, debia al menos por política autorizar aparentemente la liga, la cual, aunque armada sin auencia del rey, al fin combatia por la dignidad real. De este modo Enrique, en vez de señor único, que realmente era, se constituyó en cabeza de partido: ¡indiscrecion de que bien pronto se tuvo que arrepentir! Su union con el duque de Guisa produjo el edicto de 1585, que revocó de una plumada todos los privilegios otorgados á los sectarios. Observad, señor, la incoherencia de este gobierno absurdo, que pasa bruscamente de un sistema de tolerancia á otro de rigor. La inconsecuencia en los consejos del soberano es las mas veces una prueba evidente de que el timon del gobierno está en manos poco firmes: la indecision de los pilotos del estado es siempre un presagio de que su buque va pronto á naufragar.

Guisa, conquistando ciudades y ganando batallas á nombre de Enrique, de quien ya no era súbdito, hacia la liga cada vez mas pujante y formidable. Por

(1) Enrique, duque de Guisa, llamado por otro nombre *Balafre* (el acuchillado, por una cicatriz que tenia en la cara), hijo del duque Francisco, asesinado por *Poltrót.*

tanto no es de estrañar que entrase en Paris á la manera de triunfador á la cabeza de sus tropas victoriosas. Allí fué recibido con tales aplausos cuales se creia justo tributar al salvador del reino. Su conducta atrevida abre por fin los ojos al monarca, á quien tan poco honor hacia, dejándole obscurecido. Este se declara por fin contra la liga, pero ya era tarde. Manda á Guisa evacuar la capital; pero él desprecia la orden, porque el que la daba solo tenia el vano título de rey. Entonces Enrique, para asegurarse de Paris, hace venir sus tropas; pero los parisienses comprometidos por Guisa, que era como su ídolo, toman un aspecto imponente, levantan barricadas, y arrojan fuera las tropas de su soberano. *El combate de las barricadas* pone la capital en manos del duque de Guisa: ya estaba en las gradas del trono; con un paso mas era rey; pero retrocedió pavoroso á la vista de aquel último atentado (1). Huye el monarca y se retira á *Blois*, en donde convoca los estados generales: esta dieta augusta, último recurso de la monarquía, no podia hacer otra cosa durante un reinado tan débil y calamitoso, que deplorar los males que aquejaban al estado; mas por desgracia aquellos males eran ya incurables. La asamblea de *Blois* no sirvió mas que para ejecutar una escena horrible. Enrique convoca á su palacio al duque de Guisa y al cardenal su hermano, y los hace dar de puñaladas. Carlos IX hizo degollar á los calvinistas; pero Enrique III á los católicos.

Redóblase el furor de la liga á la vista de la sangre de los Guisas: el duque de Mayena es declarado lugar-teniente general del reino y de la corona de Francia. Las principales ciudades se levantan contra su rey, y le prodigan los epítetos de apóstata, perjuro y asesino. Las corporaciones mas respetables del reino se dejan arrastrar de aquella especie de frenesí, espidiendo órdenes y decretos que al volver de su delirio procuraron arrancar de sus registros. Enrique, odiado de los católicos, sospechoso á los calvinistas, y menospreciado por sus propios súbditos, se arroja en los brazos de su mismo sucesor. La Europa vió con asombro por primera vez un rey de Francia al frente del partido de la heregía. El rey de Navarra, tan humano como buen político, tiende una mano compasiva á su desgraciado primo. Habiendo quedado por único jefe de la secta con motivo de la muerte del príncipe de Condé, y conociendo los principios de los calvinistas, prontos á cambiar en república aquella misma nación que algun día pudiera pertenecerle, aprovecho con destreza la ocasion de robustecer su partido con el nombre del soberano legítimo, sosteniendo al mismo tiempo la monarquía situada ya al borde del abismo. Los dos Enriques sitian la capital, que bien pronto se vió entregada á los horrores del hambre. Esta terrible contienda debia decidirse con la espada, pero la cortó el puñal. Un fraile fanático y *coligado* introduce el acero parricida en el pecho de Enrique III.

¡Ah, señor! A vista de estos horrores, que sin duda afligirán vuestro corazón, guardémonos de calumniar á la Religion verdadera. Esta larga lista de crímenes no debe imputársele, sino atribuirlos á la religion enferma y delirante, embriagada con un licor estrangero, y obcecada con la venda funesta que cubria sus ojos. Pero, señor, juzguemos sin pasion y despreocupadamente. ¿Cuál fué el manantial de todas estas asociaciones, de tantos decretos y

(1) Este paso, que no quiso dar la casa de Lorena en el siglo XVI, le dió la de Orleans en el XIX, y cosa estraña! tampoco le faltó el apoyo de las *barricadas*. ¡Nihil sub sole novum! (N. del T.)

tantas órdenes execrables? ¿A quién pediremos cuenta de uno de nuestros reyes espirando bajo el cuchillo de un fanático? Al calvinismo: me atrevo, señor, á decir, que sin él jamas hubiera ecsistido la liga; y sin la liga no tendríamos ahora que mirar con horror esta parte de nuestra historia. Es indudable que sin *Calvino* jamas hubiera abortado el infierno un *Jacobo Clemente*.

En seguida de este horrible cuadro de sangre y de carnicería, que habrá contristado vuestro corazón sensible, se deleitará, señor, vuestra vista, contemplando al fundador de su dinastía sucediendo al último de los *Valois*. La agitacion de los antepasados de V. M. alrededor del trono, se puede asegurar que no era sino la conviccion de su futura grandeza, y de los altos destinos á que eran llamados. Segun el orden de los decretos eternos, era una señal favorable para la Francia el advenimiento de vuestra casa para obtener una de las mas bellas coronas, que creia deber adquirir aunque fuese á costa de sus lágrimas y de su propia sangre. ¡Tan trabajosa y tan importante era la revolucion que bajo el imperio de los Borbones habia de regenerar la Francia!

*Tanta molis erat Francorum condere gentem!*

Enrique IV, el victorioso, el padre de sus vasallos, trataba de cicatrizar las llagas que el calvinismo habia abierto al reino; pero por desgracia apenas tuvo tiempo para pensarlo, porque los sectarios se volvieron contra la mano dulce y cariñosa que trataba de curarlos. Debian suponer en él prevenciones favorables á su secta, pues habia sido educado en la profesion de su culto: mas á pesar de eso *Duplessis Mornai*, uno de los corifeos de su partido, fué el primero que provocó una agresion contra Enrique, escribiéndole "que los ánimos estaban abatidos, agitados, y prontos á buscar su remedio en la última desesperacion." Esta era una amenaza abierta, y los sectarios la hubieran ejecutado á no haberse renovado el edicto de *Poitiers*, que catorce años antes habian recibido con trasportes de júbilo.

Al fin Enrique vuelve á la fé de sus padres, renunciando un error, que en él se podia considerar mas bien como efecto de la educacion, que no del convencimiento. Esta conducta le atrajo una nueva agresion de los calvinistas. "No dudeis, le dijeron, que haciéndoos católico correis á vuestra ruina; y que abandonando el partido de la reforma, él tambien os abandonará: ya cono- ceis su *prontitud* y decision," (es decir, su propension á rebelarse), y terminaban esta carta insolente recordándole "que las armas de los protestantes habian puesto el pié en la garganta á todas las principales ciudades de la Francia (1)." Poco despues presentaron una solicitud, por la cual pedian que se les concediese el ejercicio de su religion en toda la estension del reino, y que sus ministros fuesen mantenidos con las rentas de los bienes eclesiásticos. Reunieron una asamblea en Santa Fé, donde se presentó el siguiente proyecto republicano: "Que se estableciese un consejo político en cada provincia; que se autorizase á estos consejos para apoderarse de los caudales públicos, que hubiese en manos de los receptores para el pago de las garantías. . . . y que se estableciesen subsidios y peages (portazgos ó alcabalas) aun en aquellos lugares en que no hubiese *eleccion* (2)."

Reúnese otra asamblea en *Saumur*, para pedir las *cámaras partidas* (3)

(1) Memorias de la Liga, tomo 5.

(2) Oficina para el arreglo de las contribuciones, á manera del tribunal de cuentas ó cámara de comptos de Navarra. (N. del T.)

(3) Cámaras compuestas de jueces, la mitad católicos y la otra mitad calvinistas.

y la libertad de culto en todo el reino sin escepcion; amenazando "que el no acceder á su demanda atraeria funestos resultados." Para legitimar, si quiera en la apariencia, esta junta sediciosa, envió el rey cartas convocatorias; pero las desecharon, alegando "que no podían leerlas, ni querian sujetarse á reconocer la autoridad de tales despachos, siendo así que podian reunirse sin ellos (1)." Para llevar su atrevimiento hasta el mas alto punto, espidieron á vista de los mismos comisarios régios varias órdenes, á fin de apoderarse de las contribuciones en el *Poitou* y en otras tres provincias.

Observad, señor, las circunstancias que aprovecharon aquellos facciosos para hacerse dueños de las contribuciones. Hallábase á la sazón la Francia en guerra con España, y acababa esta potencia de entrarse en el reino por la toma de *Amiens*; por consiguiente aquella rapacidad dejaba al rey sumido en el mas cruel embarazo, de modo que para sobrellevar con paciencia tal ultraje, bien se necesitaba toda la bondad de un Enrique IV. En vano éste trató de vencer su terquedad á fuerza de beneficios, y para ello dió aun mas amplitud al edicto de *Poitiers*, y la contestacion que le dieron los calvinistas fué, que no podian contentarse con aquella gracia (2). ¡De este modo mostraron su reconocimiento al favor que les dispensaba! Pronto tuvieron noticias de que se habian promovido tratados de paz entre Francia y España: los calvinistas sintieron entonces que las armas del rey concluyesen de rechazar los enemigos de fuera, conociendo que si esto lograban serian mas imponentes contra los facciosos que turbaban la paz interior. Con este motivo tuvieron la arrogancia de escribir á Enrique, diciéndole: *que podia muy bien dejarse llevar de resoluciones contrarias á lo que ellos pretendian; pero que en tal caso echarian mano precisamente de aquellos recursos que fuesen necesarios para su defensa. . . . siendo fácil de conocer que con la union que tenian entre si les costaria muy poco trabajo resistir y rechazar sus débiles golpes de estado* (3). Esto era insultar á la Francia por sus calamidades, de las cuales eran ellos los causantes. Indignado Sully al ver tan bajamente ultrajado á su rey y su amigo con aquellas respuestas que respiraban audacia y republicanismos, echa en cara á los de su secta en sus Memorias (4), "que habian intentado tomar las armas, y que habian querido obligar al rey á que aceptase las condiciones que trataban de imponerle. . . . que habian procurado tambien suscitarle aun mas obstáculos, á pesar de hallarse en una situacion tan embarazosa, aprovechándose de la escasez de dinero y de la necesidad que tenia de ellos, para obtener á la fuerza lo que Enrique IV hubiera rehusado aunque lo hubiese concedido."

Ved otro nuevo rasgo de ingratitud contra Enrique su bienhechor. Ellos fueron los que precisaron á la Inglaterra y á la Holanda á entorpecer las negociaciones de la paz de *Vervins*, y solicitaron al duque de *Lesdiguières* para que uniese las tropas con las suyas, ofreciendo tambien el Delfinado al duque de Saboya. Enrique IV, que era ya rey de Navarra por muerte de su madre, quiso establecer allí la religion católica. Con este objeto envió á *Bearne* letras patentes; pero los sectarios tuvieron la avilantez de pisotear las órdenes del hijo de *Juana d'Albret*; y el conde de *Gramont*, portador de

- (1) Proceso verbal de la asamblea de *Saumur* en 1595.
- (2) Proceso verbal de la asamblea de *Vandoma* en 1597.
- (3) Proceso verbal de la asamblea de *Châtellerault*, tomo 2.
- (4) Memorias de Sully, tomo 1, pág. 505, edición de Londres.

ellas, estuvo á pique de morir á sus manos. ¿Qué clase de gente eran estos calvinistas, que se atrevian á luchar abiertamente contra Enrique IV, á pesar de su bondad, y sabiendo que no se provocaba impunemente su cólera? ¿Y qué idea formaremos de aquellos impostores, que á pesar de eso publicaban en los escritos del reinado anterior, y aun lo reproducen hoy en día, "que siempre han sido súbditos fieles de la casa de Borbon, y que á ellos se les debe el que en la actualidad ocupen el trono de Francia los dignos descendientes de San Luis?" ¿Es acaso á los calvinistas á los que debemos la ley Sálica? Enrique no debió su corona sino al derecho de nacimiento, al amor de los verdaderos franceses, y á la sangre de sus reyes. La sensibilidad de este príncipe al oír los lamentos de los católicos, que le suplicaban volviese á la fé de sus padres, le abrió el paso para un trono que la justicia no podia disputarle, y que la Religion temblaba que llegase á ocuparlo la heregía. ¿Por qué, pues, quieren pasar los calvinistas por súbditos siempre fieles á la casa de Borbon, siendo así que tuvieron la osadía de provocar con sus amenazas al primer rey de los Borbones? Ya lo veis, señor: ellos fueron los que robaron los caudales públicos de que necesitaba Enrique IV, en el momento mismo en que sacrificaba su reposo y su vida en defensa y por la gloria de la patria. Ellos fueron los que contrarestaron su autoridad, los que llenaron de amargura el corazon de Enrique, y de indignacion el de Sully. Si, el de Sully, cuya honradez no negaremos, á pesar de su adhesión al calvinismo. Al ver á los calvinistas acusados por Enrique y por Sully, podemos hacer cuenta de que en el acto mismo deben ser condenados. ¿Con qué verguenza se atreven, pues, á pedir á V. M., por cuyas venas corre la sangre del bizarro y generoso Enrique, el permiso de cometer con su nieto los mismos ultrajes que hicieron á su abuelo siempre que tuvieron ocasion? Viéndose acosado Enrique IV con tantas pretensiones, sitiado continuamente con las halagueñas instancias de mugeres (1) sobornadas con las promesas de los sectarios, arrastrado por las desgracias de aquella época, y por la necesidad de conceder el sosiego y dejar respirar á la Francia, otorgó al fin el famoso edicto de *Nantes* (2), que daba á los calvinistas todo cuanto deseaban ó podian desear. Cediendo á la fuerza imperiosa, ó la seduccion de todas estas consideraciones, creyó que no hacia mas que dejarse llevar de un sentimiento honrado de gratitud en obsequio de aquel partido, cuyo caudillo habia sido, y del que entonces era rey. Este edicto, obtenido por los calvinistas, era á todas luces violento, y arrancado por las circunstancias (3). El canciller de *Chiverny*, que lo redactó, bien á su pesar asegura que fué publicado para verguenza y confusion del gobierno (4).

Subleváronse contra el edicto el consejo, los parlamentos, la capital y el reino entero. La nacion lanzó un grito de indignacion; y este grito era el de

(1) La duquesa de *Beaufort*, llamada vulgarmente la bella *Gabriela*, dama de Enrique IV, y dueña de todo lo que le rodeaba.

(2) En 1598.

(3) La prueba mas convincente de que los calvinistas violentaron á Enrique IV á dar el edicto de *Nantes*, se puede ver en la correspondencia epistolar de este príncipe con Mr. de *Thou* sobre esta materia.

(4) "El edicto fué concedido (dice Mr. de *Chiverny*); y todos los verdaderos católicos como servidores mas prudentes del estado, conocieron bien pronto el mal que tarde ó temprano habia de sobrevenir al rey ó á sus sucesores, porque tenian esperiencia de los designios, proyectos y conducta de los calvinistas, contrarios en un todo á la monar-

la fe católica, grabada en el corazón de los franceses desde los tiempos de Clodoveo. El tal edicto, aunque sobrepujaba las esperanzas de los calvinistas, fué sin embargo un nuevo gérmen de atentados cometidos por ellos. En *Chatellerault* hicieron juramento de guardar un secreto inviolable sobre sus deliberaciones, y sacrificar sus bienes y hasta su vida para salvar á cualquiera que fuese prendido por cumplir sus sediciosos mandatos. Solamente este juramento y este secreto eran por sí un crimen de estado. En *Montauban* rehusaron devolver á los católicos sus iglesias, infringiendo el edicto de Nantes; que prescribía su restitucion; y persistieron en su negativa nada menos que ocho años. En *Saumur* tuvieron una asamblea sin comisarios de la corte, y por consiguiente contra el tenor de la ley. Además, se negaron á disolverla cuando se les mandó, alegando que tenían derecho para juntarse siempre que lo juzgasen á propósito.

El edicto les concedía algunas ciudades para su seguridad; pero ellos tuvieron la audacia de erigir en ellas universidades y colegios, pretendiendo que tenían derecho para hacerlo allí sin autoridad del rey. Se les habia permitido que pudiesen optar á los cargos y empleos públicos, y tuvieron la desvergüenza los de *Languedoc* de oponerse á que se proveyeran en los católicos. Esta perfidia irritó á Enrique IV, el cual dió órdenes terminantes para frustrarla; pero fueron despreciadas por los calvinistas, y no paró en esto, sino que uniéndose todos los demas del reino á los de *Languedoc*, determinaron en un sínodo, que se mantendrian en el mismo pié que antes del edicto, sin necesidad de esperar las órdenes del rey, y que si fuese necesario solicitarian ellos mismos la revocacion del mismo edicto. Su indocilidad rayaba ya en frenesí. Toda correspondencia entre los calvinistas y los estrangeros estaba prohibida; y sin embargo, el sínodo provincial de *Ablon* invitó á los ministros de los cantones suizos á que enviasen diputados á la asamblea general. De este modo el edicto de Nantes, lejos de dulcificar el genio feroz del protestantismo, le hizo aun mas intratable. El rey y su ministro no tardaron mucho en arrepentirse de su fatal indulgencia con una secta, cuyo carácter sedicioso habia engañado la destreza de *Sully*, y cansado la paciencia de Enrique. Preparábase ya para hacerles entrar en razon hablando y obran-

“ quía. Esto fué lo que obligó á muchas personas distinguidas por su rango y probidad, á dirigir al rey avisos y consejos muy buenos y saludables; y puedo asegurar con verdad, que por mi parte le dije cuanto era de mi deber. Pero todo fué en vano, porque S. M. estaba cogido por una mano poderosa, y sitiado por personas de la secta, que le impidieron con sus artificios escuchar á sus mas fieles servidores. Habian ganado tambien por el mismo estilo á la señorita de *Beaufort*, su dama, preocupándola con las ofertas de grandes servicios, siempre que ella ó los suyos los necesitasen. De este modo obtuvieron casi á la fuerza los artículos mas importantes de dicho edicto. Los señores del clero de Francia se vieron en la precision de quejarse y remover este negocio; pero no estando reunidos los consejos generales, Mr. B. . . . , hombre decidido y enérgico, que era individuo de ellos, se quejó ágríamente á nombre del clero, tanto al consejo como al rey mismo, y dió unos manifestos tan razonados y convincentes, que aun los mas obstinados por el edicto, temerosos de otro mayor mal, se vieron precisados á consentir que se retractasen algunas cosas, ó se modificasen algun tanto; pero no hasta el punto que hubiera sido necesario para el bien, reposo y conservacion del reino. . . . El parlamento de París procedió á dar cumplimiento al edicto el dia 25 de Febrero de 1599, y en seguida principió á plantearse, aunque con gran pena y peligro de los comisarios; y poco á poco la autoridad del rey lo hizo recibir en todas partes para vergüenza y confusion del estado.” (Memorias del estado por *Chiverny*, edicion de 1836, pág. 316.)

do enérgicamente, cuando un monstruo execrable cortó el hilo de los dias de aquel buen rey. Pero Luis XIII vino á realizar lo que Enrique IV no hubiera podido menos de ejecutar.

Apenas Luis subió al trono, los calvinistas anunciaron su sistema de independencia. Lo primero que hicieron fué renovar *el acta de union*, encubriéndose como siempre con el misterioso velo del secreto. En seguida principieron á estender la voz de que era preciso mirar por su legítima defensa, y tomar medidas de precaucion; y pasando aun mas adelante, rehusaron admitir los comisarios del rey, cuya presencia era lo único que podia legitimar sus juntas.

El edicto de Nantes, que en otra ocasion habian recibido con tanta alegría, vino en breve á ser para ellos un objeto de murmuraciones y de quejas. Primeramente pidieron que se suprimiesen todas las cláusulas que la sabiduría del parlamento habia añadido al tiempo de registrarlo, con beneplácito del soberano, por no inmolar la religion y la libertad de los católicos á la audacia de un puñado de sediciosos y fanáticos. Esigieron en seguida que se les permitiese fortificar todas las plazas que tenían para su seguridad; que se les concediese permiso para celebrar las asambleas generales con mas frecuencia; que se subiese á mayor cantidad la suma de 45.000 escudos, estipulada para la manutencion de sus ministros; y finalmente, que los diputados generales que enviasen á la corte, fuesen pagados y mantenidos á espensas del rey. El edicto de Nantes les habia concedido para su seguridad 103 plazas: no contentos con esto, pidieron que se les diese igual número en otras doce provincias. (¡Por qué no pedirian ya el reino entero!) Determinaron, además, que se procediese á reparar las plazas que poseian; y, como si esto no bastara, llevaron su insolencia hasta el exceso de notificar al rey que hiciese demoler las fortificaciones que habia mandado levantar en otros varios puntos.

Es sin duda muy estraño que los súbditos de una monarquía hayan podido concebir pretensiones tan ridiculamente sediciosas; pero todavia lo es mas que un gobierno haya autorizado tal licencia, concediendo parte de estas peticiones tan absurdas. Tal gobierno anunciaba desde luego la debilidad de una regente, y aquella regente era María de Médicis.

Animados los sectarios cada vez mas en vista de una conducta tan pusilánime, creyeron que les seria fácil insultar impunemente la juventud de Luis XIII. Habiendo sabido que tenia proyectado casarse con Ana de Austria, se empeñaron en trastornar aquel negocio. Luego que tuvieron noticia de que el rey estaba ya en camino para ir á *Guyena* con la reina su madre, le cerraron el paso y le apercibieron para que desistiese del viage: además, pidieron al rey de Inglaterra que los socorriese; formaron un tratado con el príncipe de Condé, y quemaron públicamente en la Rochela un decreto del parlamento de Tolosa. En las grandes enfermedades políticas, lo mismo que en las físicas, las crisis violentas llevan consigo la muerte ó la curacion. Para terminar tan espantosos males vino por fin *Richilieu*, y empuñó con mano fuerte las riendas del gobierno, que flotaban á merced de la debilidad ó la inespencia. Uno de los numerosos proyectos que revolvia en su mente aquel hombre vigoroso y enérgico, era el vengar la humillacion de cinco reyes de Francia que habian recibido la ley de sus vasallos. Habiendo rehusado obstinadamente los calvinistas de *Bearne* obedecer al edicto de Nantes, que mandaba se restableciese la Religion católica en aquella provincia, Luis